
LA EVOLUCION CINEGRAFICA ANGLOAMERICANA

LA película yanqui empieza a sentir la influencia europea. Poco a poco van apareciendo felices novedades en los cansados moldes de su industria y se van encontrando síntomas alemanes y rusos en su producción "standard" de todos los días.

Los ejemplos de Europa eran demasiado vigorosos para quedar entériles; la evolución fué allí demasiado profunda y las enseñanzas demasiado recias para que ningún rincón de la geografía cinegráfica dejara de removerse. Y hasta este lamentable cine americano, inmovilizado por los cánones impuestos por sus "marchanda" llegan ahora las sanas corrientes nuevas y penetran en su denso organismo.

Parece inadmisibile a muchos, que sea Europa quien tenga actualmente la palabra y quien dicte las mejores pautas; el espectáculo colosal de la industria cinegráfica americana les impide ver el admirable espectáculo del arte cinegráfico europeo. Es sin embargo indudable que en ella se realiza hoy la obra de mayor rango; de ella brotó el nuevo espíritu y en ella se formaron los conceptos nuevos.

La moderna cinegrafía nació en Europa y adquirió allí su magnífica significación. Y de allá vienen ahora los vientos rejuvenecedores y las inquietudes vanguardistas que comenzamos a descubrir en los films de América.

Cuando los norteamericanos entraron en el cine, señalaron también una brillante reforma y crearon una época.

Todavía recordamos la honda impresión que nos produjeron aquellas primeras películas de la "Vitagraph" y de la "Blue Bird", que anunciaron la nueva manera. Aparecían en medio

de la artificiosidad en que vegetaba el viejo cine europeo como un alarde de verdad y de vida. Su dinamismo sano y recio traía un soplo de renovación que se llevaba por delante el mentido idealismo y la vana teatralidad.

La obra de los americanos fué magna y llenó, en su tiempo, la atención del mundo. Renovaron el fondo y la forma. Crearon la técnica. Intuyeron la esencia del arte cinegráfico y robustecieron los principios fundamentales de su verdadera naturaleza.

El cine terminó allí de definirse y de concretar su calidad independiente. Independiente del teatro, de la literatura, de las artes plásticas, tal como le habían concebido antes los suecos.

La decoración dejó de ser tramoya teatral, cartón y trapo, para convertirse en realidad. Desaparecieron los telones pintados, con cuya mentira era implacable el objetivo, y se generalizó el empleo de los exteriores reales. Los cineastas americanos impusieron aquel afán realista que fué tan saludable entonces como reacción contra el convencionalismo esceno-gráfico.

Ese criterio se aplicó enseguida a todos los elementos del film y constituyó una de las características — tan plausibles entonces — de la nueva escuela.

Bajo tan felices lemas — verdad, naturalidad, independencia — los americanos nos hicieron su aparición en la cinegrafía y crearon a ésta en una de las etapas interesantes de su historia. Esta etapa tuvo cumbres como "Intolerancia", "La Dama del Mar", "Civilización", "El lirio roto", "Allá en el Este"; tuvo

artistas — artistas, no "estrellas" como Keenan, Clarke, Gish, Mayall.

Sus genios animadores — Ince, Griffith — construyeron sólidamente sobre los restos de las viejas formas. Realizaron la síntesis cinematográfica; descubrieron la subordinación de los planos; buscaron la pureza expresiva. Hallaron innumerables trucos de procedimiento: alteración de las escenas, dramatización de los detalles. Cimentaron una ciencia de la iluminación.

Pero también terminó la hora americana; y esta terminación se inicia — contradicción curiosa — con el engrandecimiento comercial. Los productores crearon una colosal industria y se olvidaron del arte. El cine se hizo, cada día más, materia industrial y se aplicó a satisfacer las exigencias mal orientadas de quienes constituyeron su mercado. Surgieron los "tipos" de películas, moldes de gran salida repetidos incesantemente; cristalizaron los elementos de conmoción para la fácil sensibilidad del público — la madre bondadosa, la niña dulce, el perro fiel; — apareció, en fin, la película de serie, peste del arte cinematográfico.

El engrandecimiento económico fué el principal factor de rémora en la evolución del cine yanqui. El marca claramente un estancamiento en aquel avance inicial, tan brillante; el fin de aquella época de felices hallazgos y la paulatina corrupción de tantos principios sanos y veraces.

Así se hizo una cinegrafía estravagante y se convirtió en la cátedra de error y de mal gusto que conocemos. Todas aquellas condiciones que en un principio le auguraron tan magnífico porvenir, se convirtieron en sus defectos. El deseo de humanidad y de verdad, originó un realismo limitado y estrecho; el afán de naturalidad cayó en un convencionalismo tan falso como los otros; el propósito de popularidad impuso un lamentable cultivo de géneros más inferiores.

Todavía los americanos siguen haciendo sus dramas del West, sus novelitas sentimentales, sus novelones policíacos, con los mismos resor-

tes que hace diez años; todavía explotan los antagonismos de raza, todavía se emplean la madre bondadosa, el héroe deportista, la niña dulce, el perro fiel...

Felizmente el milagro comenzado en América pudo continuar en Europa. El arte cinegráfico anunciaba una verdad tan grande que no podía permanecer callada y sus brillantes valores seguían viviendo bajo las baratijas con que se les escondía.

Sería imposible reseñar brevemente el proceso de la renovación europea; es demasiado complejo y demasiado vasto. Y su historia circunstanciada nos llevaría, en capítulo aparte, demasiado lejos. Recuérdese solamente cuantas maravillas produjo y cuantos países prodigiosos descubrió a nuestro asombro y se tendrá una idea de su trascendencia.

De esa renovación salieron infinitos caminos y aparecieron otros tantos horizontes; de ella nació esa obra cuya bastedad y cuya valía sobradamente se ha encomiado.

Alemania resurgió la primera. De sus nuevos "studios" partieron los nuevos trabajos y comenzó la sucesión de los hallazgos. La "Haast Film", la "Vogel Film", la incipiente "U. F. A.", iniciaron el esfuerzo y el afán renovador. Los artistas más finos se volvieron hacia el cine; surgieron Müller, Wiene, Lupu Pick, Kreiss, y tantos otros. Se definió un "cine alemán", original, nuevo, fuerte.

Siguió el movimiento, Francia, algo rezagada y lenta; infiltrada aun de vieja cinegrafía pudo sin embargo plegarse a él. Tuvo animadores de la talla de Gance, de Baroncelli, de Epstein; actores como Dullin, Kraus y Marelle. Creó su "cinéma d'avant garde".

Suecia estaba desde mucho tiempo atrás en el mejor camino y en él siguió, depurando constantemente su cine; aquel cine que fué el primero de la historia en adquirir una seria posición de arte emancipado.

Por último, Rusia realizó el gran milagro. El asombroso cine ruso, de fulgurante desarrollo, ofreció al mundo, en pocos años, uno de los más ricos ejemplarios y una obra de los más puros valores.